

RECENSIONES

JOHN HATCH: *Africa emergent* (Africa's problems since independence), Secker and Warburg-Londres, 1974, 233 pp.

Una de las nuevas realidades políticas a la vez más extensas y más intensas, desde después de la segunda guerra mundial, ha venido siendo la irrupción de los países y los pueblos del continente africano, dentro del entrelazado conjunto de las cuestiones planteadas a escala universal. La aparición y la creciente importancia del factor africano en general tiene dos enfoques, que a veces parecen (y acaso son) contradictorios; sobre todo cuando se trata de los países y los pueblos del Africa mayor; es decir, del «Africa negra». Uno es el de la influencia del factor africano sobre el sistema mundial de los Estados. Otro es el de la naturaleza del factor africano respecto al conjunto de la historia contemporánea.

Sobre este segundo aspecto no puede dejarse de tener en cuenta el fenómeno de los desniveles en la evolución de los siglos y el de las prisas excesivas en la transformación actual.

Respecto al Africa negra, la mayor dificultad ha consistido y sigue consistiendo en tener ahora que moldear su destino dentro de un período muy apretado y precipitado de la experiencia humana. Durante más de siete mil años, la mayor parte de los pueblos de Europa y Asia fueron realizando lentamente unos experimentos escalonados, y logrando unas experiencias acumuladas que se iban perfeccionando y complementando para llegar desde los primitivos núcleos de cazadores y pescadores hasta las realizaciones estatales de la más compleja civilización mecánica. Pero los países del Africa negra están teniendo que asimilar los resultados euroasiáticos de una evolución muy larga en sólo unas pocas docenas de años. Lo cual produce enormes confusiones y puede llegar a ocasionar colapsos en las estructuras de muchos Estados afronegros.

John Hatch es una de las personalidades no africanas que más profundamente y con mayor continuidad ha seguido sobre el terreno todo el proceso de evolución forzosa y cambios acumulados en casi todos los sectores de Africa tropical. Durante veinte años recorrió aquellos sectores del gran continente meridional actuando como corresponsal de diversas revistas británicas, tanto informativas como técnicas. También trató de temas africanos en la londinense BBC. Luego pasó a Norteamérica, donde ahora es director de un programa de estudios africanos, en Houston (Texas). Su libro *Africa emergent* es el décimo de los que ha publicado, y que constituyen un conjunto bastante completo; al menos desde todos los posibles enfoques británicos de carácter objetivo.

RECENSIONES

El año 1960 es elegido por John Hatch como base de la exposición y el análisis de lo que Africa en general, y Africa negra en particular, han llegado a ser hoy y lo que pueden ser en el futuro. John Hatch define el 1960 como momento terminal en la década de la independencia africana; porque fue entonces cuando unos trescientos millones de africanos pasaron a quedar dirigidos por gobernantes salidos de sus propios pueblos. El 1960 señaló la culminación de las campañas anticoloniales; pero también el momento de preguntarse si aquellos pueblos africanos eran verdaderamente capaces de reemplazar a los cuadros europeos anteriores.

Entre 1960 y 1967 pudo considerarse terminado el proceso de las independizaciones, al ver que las soberanías y los instrumentos del poder político constituían una realidad para la mayoría de los países afronegros. Parecía que la eliminación de los últimos sectores en los cuales se consideraban como unos frenos los restos de los sistemas coloniales era sólo cuestión de ganar tiempo en unas etapas de «africanización» que llegarían a permitir unas sustituciones perfectas. Pero después se han ido extendiendo las dudas respecto a las realidades y los alcances de aquella «africanización» que al principio había sido acogida con entusiasmo delirante.

John Hatch, en el primer capítulo de su libro, titulado «Decade of Disillusion», expresa precisamente las líneas cardinales de las dudas sobre las realizaciones hechas para reemplazar a los legisladores europeos por legisladores indígenas. Preguntándose hasta qué punto fueron llenadas las aspiraciones de aquellas naciones y hasta qué punto frustradas. Cuáles fueron los factores que han producido satisfacción y cuáles los que han producido desilusión.

El autor del libro titulado *Africa emergent* puede ser principalmente considerado como inclinado a defender a toda costa la causa de los nacionalismos afronegros y de los movimientos panafricanos en general. El libro está además dedicado a dos gobernantes tan destacados como Julius Nyerere y Kennet Kaunda. Sin embargo, la más escrupulosa probidad técnica hace que John Hatch no oculte las principales dificultades que se presentan en la vía de sobrepasar y vencer los problemas originados por las insuficiencias que se notan en los Estados afronegros independientes.

Cuando de pronto (y a veces casi inesperadamente) llegaron las independencias, las clases de los llamados «evolucionados» creyeron que dichas independencias políticas señalaban una nueva era en la cual todas las deficiencias quedarían zanjadas. Se señalaba el hecho de que los colonizadores blancos ya no sujetarían a los hombres negros a unas leyes ajenas; ni los africanos seguirían siendo ciudadanos de segunda clase en sus propios países. Respecto a la economía se proclamaba que ya no se verían las estaciones y los puertos abarrotados con unas producciones del suelo africano destinadas al consumo colonial, mientras los autóctonos pasaban hambre... Era un general triunfalismo optimista. Pero John Hatch se pregunta cuántas de dichas esperanzas han llegado a ser realidades.

Después de las independencias los líderes de unos «Estados creados arbitrariamente y dentro de unas fronteras caprichosas tuvieron que enfrentarse con una multitud de problemas inesperados, tales como los de la escasez de sus propios cuadros directivos y técnicos; las cuestiones agrarias; las ambiciones políticas de las fuerzas armadas; las influencias externas de las corporaciones multinacionales, etc. Problemas muchas veces superiores a sus propios recursos para resolverlos.

RECENSIONES

La africanofilia de John Hatch hace que este autor subraye algunos aspectos en los cuales las deficiencias de los cuadros gubernativos y administrativos establecidos por los colonizadores se limitaron a trasplantar al suelo africano unos usos que no estaban de acuerdo con las necesidades y las posibilidades de los ambientes naturales: Era *a lack of understanding in Africa*. Los gobernantes de los nuevos países africanos han tenido así que utilizar unos instrumentos de poder y de gestión que no estaban hechos para sus propias medidas.

Sin embargo, algunas de las mayores dificultades han sido y son las relacionadas con la economía. Por ejemplo, es evidente que, desde las perspectivas del comercio internacional, los países de África negra siguen interesando principalmente por los recursos en bruto que pueden proporcionar, tanto en lo que se refiere a los pueblos como a las primeras materias. Cuando dichos países eran territorios dependientes, las metrópolis estimulaban las producciones locales y les daban salida en amplísimos horizontes. Pero los Gobiernos africanos independientes tienen que proceder en menos escala, tanto por estar más sometidos a los vaivenes mundiales de los precios como por actuar dentro de unas fronteras a veces más estrechas y partidas que las de las antiguas grandes colonias. Este es sobre todo el caso de los múltiples micro-países de las costas de África occidental.

Pasando desde lo económico-político general hacia lo estrictamente humano, en el libro *Africa emergent* se hacen algunas afirmaciones muy curiosas. El autor las justifica haciendo constar que a través de sus estancias y sus recorridos no sólo se entrevistó con los «líderes», sino con jueces, doctores, granjeros, maestros, mecánicos, detenidos políticos, etc. Del conjunto de todos los contactos se desprende que en realidad los niveles individuales y colectivos no siempre han representado los adelantos con que se soñaba antes de las independencias.

La formación de los Estados afronegros ha sido generalmente seguida por el fenómeno de que a los problemas ya existentes en las etapas coloniales se hayan sumado otros problemas nuevos. En unos sitios ha habido que precipitar los programas para dar formas a unos nacionalismos incompletos que no correspondían a las composiciones regionales de las poblaciones. En casi todos los sitios el mayor obstáculo físico ha seguido estando en lo artificial de las fronteras. La mayor carencia de los primeros momentos fue la dificultad de improvisar cuadros autóctonos con los cuales se rellenasen los huecos producidos por las brascas retiradas de los cuadros de técnicos coloniales. Y las sustituciones han aumentado sus dificultades al tener que efectuarse no sólo respecto a las necesidades locales, sino a las de las relaciones mundiales.

En cambio, pueden considerarse como factores positivos en elogio de los afronegros los que el libro de John Hatch señala sobre el tribalismo y sobre el racismo, dedicando a ambos temas extensos capítulos especiales.

Respecto al tribalismo, el referido autor británico rechaza la difundida creencia de que la supervivencia de las estructuras de los grupos étnicos y culturales cerrados sobre sus tradiciones de razas o de creencias sea un rasgo típicamente africano que puede citarse respecto a pasadas luchas, como las del Congo, Nigeria o el Alto Sudán (y, por tanto, un factor de atraso o de salvajismo). A este respecto se invocan los pleitos europeos de los croatas y los serbios, los del norte de Irlanda, Chipre, las comunidades de Pakis-

RECENSIONES

tán, etc., como ejemplos de que en todas partes se dan fenómenos, se dan luchas etnicistas y de comunidades divergentes.

Sobre el racismo, John Hatch sostiene que los negros africanos no suelen tener la conciencia de que el color sea un factor de verdadera separación natural, ni menos aún de incompatibilidad. Las normas de apartamiento surgieron de los sistemas coloniales, pero los negros no suelen pensar con relación a ellas, sino porque cuando quieren desprenderse de los colonizadores lo hacen por ser colonizadores, no por ser blancos. Es una actitud que contrasta con la de los negros de los Estados Unidos, donde el carácter violento de muchas de sus reacciones (como las de los preconizadores del «Black Power») pueden explicarse porque ellos no tienen esperanza de poder llegar a constituir un Estado propio.

En resumen, durante sus años de recorridos territoriales constantes por Africa y de análisis contrastados sobre los diferentes terrenos, John Hatch ha estudiado los impactos de las dependencias sobre los nuevos Estados y sus diversos pueblos, no sólo en función de la rapidez con que pueden ir logrando las creaciones de sus nuevos cuadros, sino de las soluciones apremiantes que puedan ir dando a los nuevos problemas. Como las causas: los crecimientos demográficos; las disminuciones mundiales; las crisis de las primeras materias; las necesidades de reagrupaciones regionales, etc.

RODOLFO GIL BENUMEYA

ANDRÉS M. KRAMER: *Chile (Historia de una experiencia socialista)*, Ediciones Península, Barcelona, 1973, 214 pp.

Chile venía, desde hace tiempo, suscitando cierta atención mundial. El fenómeno que dentro del ámbito de sus fronteras se estaba desarrollando no era, a primera vista, algo que pudiéramos considerar normal: el experimento del establecimiento de un régimen político extremadamente moderado, pero que, en rigor, respondía plenamente a las condicionantes socialistas. El interés, la atención, la inquietud, la observación, etcétera, estaban plenamente justificadas. Luego, naturalmente, los sucesos de septiembre de 1973 acrecerían esa expectación con la emisión de dictámenes para todos los gustos. Era la ocasión óptima para emitir el libelo tendencioso o el estudio serio, el libro improvisado—de fuerte impacto editorial (comercial)—y el libro gravemente construido, profundo, serio. Era la hora del funcionamiento ininterrumpido de las linotipias cruzando de parte a parte del viejo y cansado mundo las noticias de primera mano...

A esa sorprendente y fatigosa hora la han reemplazado otros acontecimientos, otros sucesos incluso más graves y violentos, otros hechos que han recabado la atención del hombre de nuestro tiempo que, efectivamente, poco o nada alcanza a sorprenderse. Es ahora, sin embargo, el momento de analizar con ejemplar prudencia y singular cortesía intelectual lo que ocurrió en un país de allende los mares hace unos meses.

La verdad, como recientemente escribía un autor, a medida que transcurren las semanas y los meses, esta reacción mundial ante la situación de Chile, más lamentosa que analítica, más coyuntural y de presente que previsora de futuro, más de grandes pala-

RECENSIONES

bras que de cuidadosas precisiones, más de manipulación ideológica que de búsqueda sincera de la verdad, se debilita y empezará a dejar paso (si es que no se la traga el olvido) a los que con conocimiento de causa y la ecuanimidad posible puedan hacer un verdadero análisis de todo. Este momento, en nuestra opinión, todavía no ha llegado, pero hay que seguir recolectando datos y opiniones en su espera. Las líneas que siguen no pueden abrigar mayores pretensiones. Justamente, pensamos, el libro escrito por Andrés M. Kramer ofrece cierta seriedad y objetividad fuera de dudas.

Ahora bien: puede plantearse como cuestión preliminar la causa última de este interés que Chile ha suscitado. Probablemente era su presunta capacidad de *test* para la posibilidad del socialismo pacífico en el mundo, como la guerra de España lo fue para el análisis *in vitro* de lo que podía dar de sí una lucha abierta entre la Komintern y los sistemas adversos. Lo que está por ver en el caso de Chile es si esta preocupación por la vía pacífica al socialismo (y como alguno ha preguntado, ¿a qué socialismo?) está tan arraigada en la opinión internacional como aquélla, y si el golpe de Chile es capaz de hacer correr la tinta en igual medida, de todo lo cual, en general, nos permitimos dudar.

¿Qué es lo que de verdad se nos ofrece auténticamente a través de las páginas de este libro? Pensamos, y, evidentemente, asumimos el riesgo de esta afirmación, que Andrés M. Kramer se ha esforzado muy meritoriamente para hacernos reflexionar, principalmente, sobre dos extremos: que Chile ensayaba con cierto pacifismo una fórmula política hasta entonces desconocida en su área geográfica y, por supuesto, que Chile ha hecho gala, si hacemos la excepción de Argentina, de ser un país en donde imperaba una asombrosa heterogeneidad ideológica. Más asombroso resulta aún la circunstancia de que, precisamente, esa heterogeneidad haya mantenido un innegable respeto a la «constitucionalidad» del país, es decir, Chile es una nación que jamás ha querido engañarse. Pero, lógicamente, analicemos lo que se nos dice en estas páginas.

Para el autor, así lo manifiesta, por primera vez desde el final de la Segunda Guerra Mundial, dos pueblos alejados miles de kilómetros el uno del otro, como son Chile y Checoslovaquia, se han empeñado en hacer compatibles los términos «libertad» y «socialismo». Durante ocho meses en 1968, los dirigentes del Partido Comunista Checoslovaco quisieron introducir en el sistema socialista una serie de correcciones con vistas a desarrollar la libertad del individuo y su participación democrática en el aparato estatal. En Chile fue la existencia ya de un clima democrático, de libertad, lo que hizo posible el triunfo del candidato marxista en las elecciones presidenciales y el «cambio de pista» hacia el socialismo. En un caso se disponía del «socialismo» y se buscaba la «libertad», mientras que en el otro lo que se posee es la «libertad» y lo que se busca es el «socialismo». Arrancando de puntos de partida diferentes existe una misma meta: conquistar la verdadera independencia. Checoslovaquia vio en la «libertad» el instrumento que le faltaba para dar a su socialismo un contenido nacional más auténtico. Chile, un país latinoamericano, subdesarrollado, miró hacia el «socialismo» como la única fórmula que podía permitirle salir de la tutela norteamericana y recuperar sus riquezas naturales. En último término, ambos procesos han encontrado un enemigo común: *el imperialismo*.

Sorprende al autor del libro que comentamos, como ya hemos hecho mención, la especialísima condición ideológica imperante en Chile: Es difícil imaginar un país

con un «abanico» de fuerzas políticas tan dispares como Chile: van desde la extrema derecha hasta la izquierda más radical, pasando por todas las variantes. Los hay que claman por la acción directa del fusil, los hay que confían en la democracia del voto, y hasta quienes están dispuestos a utilizar primero el voto y después el fusil, según cuál sea el resultado de las elecciones.

Aparentemente, un «abanico» tan plagado de colores corre siempre el peligro de romperse por algún sitio; resulta demasiado frágil. ¿Es que pueden convivir juntos en el mismo espacio fascistas, socialistas, conservadores y comunistas? ¿Cómo pueden colaborar en la edificación de una misma sociedad aquellos que utilizan criterios de Mussolini y aquellos que siguen a Marx? Y, sin embargo, un país que sea capaz de tolerar en su seno este conglomerado de fuerzas políticas está demostrando que posee una constitución robusta. Lo fácil, conviene no olvidarlo, es mediante un acto de fuerza armada conseguir, en beneficio de un solo grupo, la desaparición de los demás. «Revoluciones» y «contrarrevoluciones» o, mejor dicho, «golpes» y «contra-golpes» son para las sociedades estancadas de América Latina una forma de entretener ingenuamente el tiempo. Es como si un enfermo prefiriera tomar un calmante en vez de someterse a una operación y extirpar el tumor que origina todos sus desarreglos. De hecho, con este tratamiento llega el día en que el organismo se acostumbra a ciertas medicinas que disminuyen el dolor, pero no curan.

La decisión última de elegir el partido o la ideología que ha de gobernar le corresponde al pueblo. Cualquier otra forma de selección nace viciada de origen y, como se ha demostrado en la práctica, suele durar mientras encuentra circunstancias favorables o hasta que el dictador de turno cometa los primeros errores.

De los pueblos se podría decir lo mismo que de las personas; es decir, alcanzan la mayoría de edad cuando son capaces de decidir por sí mismos su futuro. Pero, al contrario que los adolescentes, no se les puede marcar una edad límite para que empiecen a valerse por sí mismos. A veces se ha querido hacer coincidir el desarrollo político con el desarrollo económico, pensando que todo Estado con una renta por habitante de mil dólares al año tenía garantizado el derecho a elegir libremente. Si así fuera, los países más ricos del continente sudamericano deberían ser los que tuvieran mayor estabilidad democrática y la historia de Brasil y Argentina prueba lo contrario.

El camino hacia las urnas—Chile en 1970—está erizado de peligros, de amenazas. Son momentos difíciles, cargados de presagios, en los que el ciudadano medio debe encontrarse preparado para analizar y valorar la «marea» de la propaganda. No es un «juego» totalmente puro de verdades contra mentiras, por eso es necesario distinguir entre las ideologías, los argumentos económicos y las conveniencias de partido que existen debajo de cada promesa. Pero esto es sólo la primera etapa del proceso. Después, al volver tras de depositar el voto, comienza una vigilia tensa, en la que todo el mundo está pendiente de cada detalle, del mínimo indicio. Se cierran los comercios, las oficinas, las fábricas, las tiendas, los bares... No se despachan bebidas alcohólicas. El rumor, el bulo o la mentira pueden empezar a correr. ¿Se habrá alguien dedicado a sabotear el curso de las elecciones? ¿Estarán respetándose las normas de la votación? Mientras estas preguntas asaltan las mentes, los grupos extremistas intentan sembrar el desconcierto, la inseguridad o el caos. Bastaría un paso en falso para que

el abanico se rompiera. En estas situaciones los más débiles son los grandes partidos; todos sus medios se encuentran paralizados, impotentes en una espera que les puede traer el triunfo, la derrota o la desaparición. Tanques y otras fuerzas motorizadas del ejército rodean a medianoche La Moneda. Todo es posible. Sólo el tiempo va desvaneciendo los presentimientos, y cuando a la mañana siguiente el sol despunta por la Cordillera el país se levanta con un nuevo presidente. La selección natural del pueblo chileno ha quedado consumada.

Según los estudios que se han venido realizando hasta el momento presente parece deducirse claramente una sola e indudable tesis: el presidente Allende estaba atradado por la solidez de sus convicciones personales. Puede decirse que se dispone ya de una interpretación común respecto del deterioro general de la situación del país. Este proceso se concretó, perfectamente lo ha señalado en su interesantísimo ensayo Alfonso Echánove, en términos económico-sociales y políticos. Es casi general considerar que Chile había llegado casi al colapso económico. La inflación galopante, la deuda exterior, la improductividad creciente no parecían tener remedio. Sin embargo, y dentro del análisis de situación puramente económico, Frédéric Langer señalaba que en vísperas del golpe, los gobernantes chilenos habían conseguido sentar las bases del desbloqueo económico, operación por cierto en la que España jugaba un papel preponderante. Según esta opinión, Allende había conseguido ya créditos a medio y largo plazo por valor de 315 millones de francos, de los que España aportaría 200 y varios países escandinavos el resto, más una serie de transacciones en régimen de *clearing* con China y diversos países del bloque socialista. Igualmente se disponía a negociar una nueva moratoria en el pago de la deuda exterior (que en los últimos tres años había aumentado en un 60 por 100). Pero para esto último, como para ulteriores créditos, el club de acreedores—Club de París—obligaba a Allende, no por razones sociales sino de mero saneamiento económico, a abandonar de momento, en todo o en parte, el programa económico y social de la Unidad Popular, lo que constituía un paso atrás moralmente imposible de dar. En este punto, como en otros, Allende estaba atrapado.

Otro de los extremos que Andrés M. Kramer analiza con cierto detenimiento en las páginas de su obra es la trascendental influencia que la Democracia Cristiana ha tenido en Chile: Las elecciones presidenciales de 1970 colocaron a la Democracia Cristiana ante el momento más grave de su historia porque no bastaba con hacer un planteamiento estrictamente técnico. Tenía primero que decidir su destino político a largo plazo. ¿Quería ser un partido popular al servicio de los grandes sectores del país o prefería adoptar el papel de «potranca de la burguesía»? ¿Era un partido con vocación revolucionaria, comprometido en la sustitución de estructuras sociales minoritarias, o era un partido dedicado a la defensa del régimen capitalista? Ninguna de las otras fuerzas contendientes tuvieron necesidad de un proceso de clarificación tan profundo. La derecha, como la izquierda, sabían por adelantado su misión. La Democracia Cristiana optó por los cambios y, de manera clara, se asoció a la aventura de buscar un nuevo sistema político para Chile. Lógicamente, si durante la presidencia de Frei la Democracia Cristiana había patrocinado la «revolución en la libertad», ahora no podía predicar «libertad sin revolución». Por consiguiente, el programa de

Radomiro Tomic representaba la única posición coherente con las promesas mantenidas en el pasado. Lo demás habría sido un fraude.

Esta coyuntura obligaba a la derecha a luchar en solitario. Aparte de ella, nadie mostraba interés por salvar el sistema. Así surgió la candidatura de Jorge Alessandri, el hombre que había logrado contener a Allende doce años antes y el único parapeto de eficacia contra la «subversión».

El programa que triunfó en 1958 era un compendio de los «mitos» que la «guerra fría» había puesto de moda. Allí estaba todo: la nota anticomunista, el derecho inviolable de la propiedad privada, el reconocimiento de Estados Unidos como cabeza del bloque occidental.

Pero en 1970 el mundo había cambiado; Chile, políticamente, ya no era el mismo país que en los años cincuenta. Las «grandes verdades» de otro tiempo habían languidecido. Conscientes de esta realidad, la Unidad Nacional (coalición formada por los partidos Nacional y Demócrata Radical) elige una técnica abierta para presentar la postulación de Alessandri a la presidencia.

Se trata de recoger el apoyo de todos los sectores vacilantes y de aquellos que sienten un temor natural ante el crecimiento de la «marea» revolucionaria. Incluso, para que no le identifiquen con la derecha (Partido Nacional), Alessandri repite hasta el final de la campaña: «Mi candidatura es independiente y libre de todo compromiso.»

El diagnóstico de la derecha era que el país estaba infestado y cansado por la demagogia y la politiquería. Chile encontraría la salud económica y la paz social con un gobierno que impusiera la ley y el orden. No era cuestión de cambiar las estructuras capitalistas, sino de hacer que éstas funcionaran a pleno rendimiento.

Centrándose en el personaje que, naturalmente, motiva el libro que ocupa nuestra atención subraya el autor, entre otras muchas cosas, lo siguiente: «era un luchador infatigable...». A través de una gran parte de su vida Salvador Allende Gossens había buscado este momento. A los sesenta y un años estaba a punto de entrar en la categoría de los valores políticos amortizados. Tras los fracasos de su candidatura presidencial en 1952, 1958 y 1964, desempeñó la presidencia del Senado un «espléndido» final para un profesional al borde de la jubilación. Ahora quedaban muy lejos los días de la Universidad, cuando fue detenido, o su trabajo en la fundación del Partido Socialista. Ya nadie se acordaba del Allende ministro de Sanidad en el gabinete del presidente Aguirre Cerda (1938-1941). Por fin, treinta años de combate político habían terminado por abrirle las puertas de La Moneda.

Sería la una y veinticinco de la madrugada cuando el candidato triunfante pudo hacer uso de la palabra desde el balcón de la FECh. A partir de este momento se empieza a notar en el comportamiento de la izquierda un cambio de actitud. Durante la campaña electoral, la Unidad Popular únicamente tenía que predicar la revolución, pero ahora, además, debía defender la legalidad porque sólo así podría ocupar la presidencia. El propio Allende, a pesar de la efervescencia de aquella noche, advierte a sus seguidores de los peligros inmediatos. («Yo les pido que esta manifestación se convierta en la manifestación de la conciencia de un pueblo... Aquellos que dijeron que los disturbios iban a caracterizar nuestra victoria se equivocaron... No vamos a dejar que nos provoquen... Ustedes se retirarán ordenadamente a sus casas.»)

RECENSIONES

La verdad es que, perfectamente lo advierte Andrés M. Kramer, la fragilidad de la victoria contribuía a fomentar la incertidumbre. Según el Tribunal Calificador de las Elecciones, la ventaja de Allende sobre su inmediato seguidor (Alessandri) fue de 39.175 votos. En ningún caso esta diferencia era suficiente para ser proclamado automáticamente presidente electo. Según la Constitución, el encargado de elegir jefe de Estado entre «los ciudadanos que hubieran obtenido las dos más altas mayorías» es el Congreso Pleno. Por tanto, desde una postura legalista, Allende y Alessandri volvían a encontrarse en la misma línea de salida. Pero en esta nueva carrera los papeles se habían invertido. Mientras el candidato de la «subversión» se aferra a la ley y a la Constitución como el único modo de asegurar la victoria electoral de la «revolución», el defensor del sistema capitalista se desliza hacia terrenos notoriamente alejados de la legalidad. Alessandri sabe que, en la historia de Chile, el Congreso ha respetado siempre la voluntad del pueblo eligiendo al candidato con mayor número de votos. Sin embargo, él intentará romper esta tradición. Durante dos meses, desde el 4 de septiembre hasta la reunión del Congreso, en el tablero político se van a ver todo tipo de movimientos para escamotear la victoria de la Unidad Popular. Incluso, hasta el «golpe» militar.

El triunfo de Allende, pues, floreció mediante un riguroso respeto a la constitucionalidad. Fue, como tantas veces se ha dicho, un triunfo lleno de dificultades y de fatigas sin límite. De todas formas, como el autor de estas páginas subraya, en general, los partidos y movimientos de izquierda chilenos han observado tradicionalmente una trayectoria de constitucionalidad. Todas esas afirmaciones revolucionarias sobre el agotamiento del sistema y la necesidad de cambiar de régimen las hacen aprovechando cauces legales. Su comportamiento podría resumirse así: combaten el espíritu capitalista del Estado, pero aceptan sus reglas de juego.

El triunfo no era producto de la casualidad o de la suerte. La verdad es que llegaba tras una «larga marcha» democrática en la que son bastante más frecuentes las derrotas electorales que los éxitos. La izquierda consiguió llegar al poder en 1928 (Frente Popular) y 1946, pero estos momentos fueron efímeros y quedaban muy lejos. Después vino la derrota en 1952, se repitió en 1958 y alcanzó graves proporciones en 1964, cuando Frei obtuvo casi medio millón de votos más que el candidato del Frente de Acción Popular, Allende.

Las dos formaciones de la coalición de izquierdas en las elecciones presidenciales de 1964—los partidos socialista y comunista—estuvieron dándole vueltas a las causas de aquel fracaso durante tres años. La preocupación era visible a todos los niveles, desde la «base» a los dirigentes. Tal vez, habían estado perdiendo el tiempo al pretender la conquista del poder por la vía electoral.

Más allá de las páginas centrales de este libro surge ante el lector una interesantísima interrogante, a saber: ¿Qué papel desempeña el Partido Comunista en América Latina? La acción de la Unión Soviética en América Latina, generalmente, se atiene a una misma norma: aprovechar el fermento revolucionario, sí; patrocinar la revolución o ser su abanderado, no. Por eso, no le falta razón a Marcuse al afirmar que los partidos comunistas occidentales (pro soviéticos) se están convirtiendo «en los herederos históricos de los partidos socialdemócratas de antes de la guerra». Tal vez, la República Popular de China, con una política más activista—menos moderada, por

decirlo de algún modo—, termine siendo el portaestandarte de la «revolución» en el Tercer Mundo. En todo caso, los comunistas chinos son ya para Moscú una competencia.

No tiene nada de extraño que el Partido Comunista chileno y el cubano hayan adoptado originariamente la misma estrategia, pues ambos estaban sometidos a los mismos condicionamientos (la política exterior de la URSS). Sin embargo, los acontecimientos van a ir alterando las estructuras del Partido Comunista cubano hasta conferirle una fisonomía singular. Paso a paso, la incompreensión norteamericana fue buscando el languidecimiento de la «revolución» por medio de la asfixia: primero, el boicot económico, y después las partidas de contrarrevolucionarios y la invasión de Bahía Cochinos. Al final, todas las alternativas que hubiera podido tener Castro quedaron reducidas a la mínima expresión. Es entonces cuando el Partido Comunista de Cuba surge como el adelantado de la «revolución», pero no porque haya cambiado de tácticas sino porque los «revolucionarios» se han hecho comunistas.

Otra nueva interrogante viene a inquietar la mente del lector, a saber: ¿Cuáles eran los objetivos inmediatos de la Democracia Cristiana? El objetivo demócrata-cristiano, como se puso de relieve durante las últimas elecciones presidenciales, era la construcción de una nueva sociedad. ¿Por qué...? Sencillamente, porque en el transcurso de los últimos veinte años las estructuras capitalistas y neocapitalistas han demostrado su ineficacia para vencer el subdesarrollo y la dependencia económica. No parten de ningún dogma, de ningún principio preconcebido; les basta con observar la realidad. Los partidos marxistas buscan por sistema la extinción de la «derecha» —o, por lo menos, de la derecha económica— porque creen en la «lucha de clases», y el capitalista es el enemigo número uno del proletariado; la Democracia Cristiana sólo pretende acorralarla hasta donde sea preciso.

El «juego» que practica la Democracia Cristiana encierra indudables riesgos para la supervivencia de este partido como unidad política. La suerte final de las fuerzas de «centro» puede ser la desintegración, sobre todo en sociedades subdesarrolladas donde las tensiones y las diferencias alcanzan una intensidad extrema. En este sentido, la experiencia del movimiento radical es aleccionadora. Tan sólo en cuestión de años, el antiguo Partido Radical ha quedado «roto»; su «cuerpo» no ha podido resistir la enorme presión de las fuerzas políticas externas: de la izquierda marxista, por un lado, y de la derecha, por otro. El «radicalismo» aparece dividido en tres corrientes: una facción —la Democracia Radical— se colocó en la «derecha»; otra —el Partido de Izquierda Radical—, después de una corta andadura con el gobierno de Allende, ha decidido situarse en el «centro»; y, por último, el llamado Partido Radical ha adoptado una resuelta postura de «izquierda», prestando su colaboración incondicional a la Unidad Popular.

También la Democracia Cristiana lleva el peligro de la escisión en su propia configuración interna. Es un partido de vocación revolucionaria, pero dispuesto a pactar con la «derecha» con el fin de ganar votos. Esta dualidad entre lo que quiere ser y lo que es —entre la ideología que le lleva hacia un camino y la conveniencia que le lleva hacia otro— es el germen de la división. En cierta manera, su actitud tiene algo de «hamletiano».

RECENSIONES

Posiblemente la afirmación más sugestiva que el autor de estas páginas expone en su libro es la concerniente a lo que podríamos considerar como la «deformación» política chilena. En Chile, efectivamente, de todo se hace capital político, hasta de la misma legalidad. Mientras la Unidad Popular intentaba ampliar los márgenes de la Constitución con el fin de introducir cambios, la otra parte defendía con auténtico celo sus fronteras. En esta lucha llevaba ventaja la oposición, que al controlar las dos cámaras del Parlamento (Senado y Cámara de Diputados) podía «encajonar» al gobierno obligándole a renunciar a sus proyectos de ley o forzando la destitución de los ministros.

De las fuerzas opositoras, la Democracia Cristiana era la más interesada en evitar un «desquiciamiento». Su intención—expresada en multitud de ocasiones—era recuperar el gobierno a través de las elecciones presidenciales de 1976. Cualquier aventura tanto de la «derecha» como de la «izquierda» fuera del tiesto constitucional no parecía favorecer en absoluto sus planes. Esta razón, unida a su espíritu revolucionario, le obligó transitoriamente a ceder algunos palmos de terreno para que la Unidad Popular pudiera seguir caminando hasta gastar el tiempo que le quedaba en el poder.

La instalación después del 11 de septiembre de 1973 de una Junta Militar en Chile ha traído el *reventamiento* de la propia legalidad. La Democracia Cristiana no estuvo al margen de aquella operación sino que fue una *fuerza beligerante*. Sus diputados contribuyeron a aprobar la moción que declaró la ilegalidad del gobierno de Allende veinte días antes de que se produjera el «golpe». La Junta Directiva del partido, encabezada por Patricio Aylwin, pero sin duda animada por Eduardo Frei (presidente del Senado), practicó la oposición con el mismo criterio que la derecha tradicional. Los intereses tácticos pesaron más que cualquier vocación revolucionaria.

Nos hace notar el autor la existencia de un conglomerado de hechos que, si son examinados fríamente, entrañan una enorme importancia y que, para entendernos, podemos etiquetar bajo el subsiguiente epígrafe: «colisión de la economía chilena con la norteamericana». Ciertamente, no hay duda de ello, Chile chocó frontalmente con los intereses económicos de Estados Unidos. La presencia del capital USA (inversiones directas) había ido aumentando a un ritmo creciente desde 1958, año en el que invirtieron ya la suma de 530 millones de dólares; diez años después, en 1968, la participación fue casi el doble, 963 millones. De otro lado, la mayoría de estas aportaciones se concentraban en los sectores que podrían calificarse de «estratégicos» y, por supuesto, más rentables: la minería (60 por 100) y la industria manufacturera (el 7,2 por 100). Era previsible, pues, que cualquier gobierno que tuviera el firme propósito de «tocar» este imperio financiero iba a encontrarse con graves dificultades; en su día las tuvo el propio Frei y, todavía con mayor razón, Allende.

El cobre, decía la propaganda de la Unidad Popular, es el «suelo de Chile». No cabe duda que representa la fuente principal de ingresos que tiene el país. Solamente de su venta al extranjero el Estado obtiene el 70 por 100 del total de las divisas provenientes de la exportación de bienes. De aquí se pueden extraer toda una larga cadena de consecuencias, pero, tal vez con dos sea suficiente: el cobre ha venido subvencionando el desarrollo que Chile haya podido alcanzar; y cualquier descenso en la producción o la «caída» de su precio repercute inmediatamente en el resto de la economía.

RECENSIONES

Estas circunstancias debieron de llevar al convencimiento de que era necesario proceder por cauces estrictamente legales. En la nacionalización del cobre, la Unidad Popular no actuó violentando las normas existentes, sino que prefirió presentar a la aprobación del Parlamento una nueva ley; había implicados en la operación riesgos demasiado poderosos, como después ha tenido la oportunidad de comprobarse. El proyecto contenía una novedad interesante, respetada por el Congreso durante el debate: entregaba al presidente de la República la facultad de deducir del monto de las indemnizaciones la cantidad que creyera conveniente en concepto de «rentabilidades excesivas». Los beneficios que las empresas cupríferas habían conseguido gracias a lo barato de la mano de obra o por las ventajas fiscales otorgadas por el Estado fueron valoradas por un decreto de Allende. Evidentemente, innecesario es el indicarlo, las compañías afectadas no aceptaron estas rebajas y comenzó una auténtica «persecución». Tal vez en esta decisión cabe situar el principio del fin puesto que, ciertamente, las presiones norteamericanas supusieron una carga más —y muy grave— en la vida interna del país; junto al desabastecimiento general y a la subida de precios se une un problema serio de falta de divisas, de dólares. Es el contraste entre una potencia posindustrial, Estados Unidos, que quiere conservar sus beneficios, y una sociedad, Chile, que busca el camino para salir del subdesarrollo como sea.

La problemática de Chile, en rigor, es extremadamente grave cualesquiera que sea la perspectiva que adoptemos para proceder a su análisis. Con especial sutileza Andrés M. Kramer nos habla, ya en las páginas finales del libro, de que incluso la geografía parece estar confabulada con el país chileno: Dentro del panorama latinoamericano, el pueblo chileno posee una fisonomía especial. La mayoría de los países del Tercer Mundo no han tenido tiempo de utilizar la libertad en beneficio de su propio progreso; al subdesarrollo económico unen el subdesarrollo político. Por esta razón no han tenido la oportunidad de conocer otro camino revolucionario que el de la lucha armada y, en su caso, la «socialización de golpe». Cuando falta uno de estos dos elementos, lo normal es encontrarse ante un general que ha copado el poder o un presidente que quiera atraerse el voto obrero.

No cabe duda, pues, que hay motivos para dudar de la *via pacífica*. Ahora bien, estos recelos, por muy justificados que estén, no autorizan a encasillar la «revolución» dentro del molde fijo de la «vía armada». Si hay algo a lo que el revolucionario no puede renunciar es a buscar su propio camino, a «inventar su propia ley».

Los que niegan toda oportunidad de éxito a un proceso gradual y pacífico de socialización están ejerciendo a cuenta de la *revolución* una dictadura doble: primero, sobre ellos mismos, al negarse el derecho a la libertad de elegir y, segundo, sobre el resto de la sociedad, al exigir que pague inexcusablemente el precio de una guerra civil.

El único requisito obligatorio de un gobierno revolucionario es realizar «una modificación profunda del régimen de la propiedad». De hecho, no puede ser de otra manera porque mientras el Estado no consiga recuperar las principales fuentes de riqueza —ahora en manos de los monopolios—, tampoco podrá efectuar un nuevo reparto de la renta nacional. Aparte de esto, todo lo demás es accesorio. El instrumento utilizado (el fusil o el voto), y el ritmo con que se haga (más rápido o más lento) son elementos variables que dependerán de las circunstancias específicas de cada caso.

RECENSIONES

La Naturaleza ha descargado sobre Chile todos los contrastes físicos imaginables: en relación con el clima, es indistintamente, una zona desértica, templada y polar; su superficie, plana en algunas zonas, alcanza, en otras, alturas de hasta siete mil metros. Es como una aguja de 4.270 kilómetros de longitud por 180 kilómetros de anchura media donde, sin necesidad de acudir a su carácter volcánico y sísmico, se dan todo tipo de sorpresas. Sin embargo, este país de «loca geografía»—tal vez, en compensación—resulta ser un lugar políticamente razonable. Con ello, al fin y al cabo, no hace otra cosa que cumplir con el lema de su propio escudo: «Por la razón o la fuerza». Es decir, primero, el voto; *pero después, el fusil*.

¿Qué decir más, por el momento, sobre Chile...? Sólo una cosa: que la muerte de Salvador Allende, tal y como lo ha subrayado muy recientemente Juan Maestre, pone punto final a la experiencia de la Unidad Popular chilena. Pero su muerte no es más que una representación simbólica del fin, o del paréntesis, de la acción de unas fuerzas sociales, el resultado de unos condicionamientos económicos y el producto de una situación histórica, al igual que lo fue su acceso a la Presidencia del país, y la relevancia de su figura no es más que consecuencia de la incidencia de esos mismos fenómenos. La Unidad Popular no era, simplificando, el partido de Allende. Allende era el presidente de la Unidad Popular. Ambos, Unidad Popular y Allende, no han sido ni serán una ilusión ni un mito, sino el resultado y la consecuencia de un proceso.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

MATEO MAGARIÑOS DE MELLO: *La Asociación Latinoamericana de Libre Comercio* (esperanzas, frustraciones y perspectivas de la integración latinoamericana). Separata del núm. 14 de la *Revista de Derecho de la Integración*, Instituto para la Integración de América Latina, 1973, 105 pp.

Independientemente de los elementos o factores esencialmente económicos que caracterizan a la *Asociación Latinoamericana de Libre Comercio*, el autor de esta brillante monografía, destacado profesor universitario en la actualidad y eficaz representante diplomático de su país—Uruguay—en otra época, analiza a lo largo de las páginas que recaban nuestra atención otros muchos aspectos pertenecientes a ese mágico mosaico de inquietudes que es, en rigor, el cotidiano vivir y coexistir de la realidad latinoamericana. Conviene, pues, advertir que no estamos en presencia de un estudio consagrado únicamente a la problemática que depara la visión técnica de ese Continente, por siempre extraño y sugestivo, formado por veinte repúblicas, sino, al mismo tiempo, ante uno de los esfuerzos intelectuales más singulares que se han hecho hasta el presente, como claramente denota intencionalmente el subtítulo de estas páginas—«*Esperanzas, frustraciones y perspectivas de la integración iberoamericana*»—, para determinar con absoluta seriedad *qué es lo que los pueblos hispanoamericanos representan en el concierto de la política internacional* y, sobre todo, cuáles pueden ser las metas a conquistar en un futuro presente. Nadie mejor, por lo tanto, que el profesor Magariños de Mello podía dar cima a ese propósito e, igualmente, en

RECENSIONES

ningún otro marco de difusión, excepción hecha de las prestigiosas páginas de la *Revista Jurídica Latinoamericana del Derecho de la Integración*—editada por el Banco Interamericano de Desarrollo—, los resultados de esa detenida y honda meditación jurídico-política podían insertarse. No es habitual, cosa que debemos de confesar, que en una sola persona, situación que contemplamos, encontremos perfectamente matrimoniada la sólida formación universitaria y la amplia experiencia precisa para abordar, con total garantía de éxito, el análisis de un tema tan radicalmente sensible y delicado como el concerniente a la emisión del diagnóstico del porqué de la inestabilidad de la política económica, de la política interior y de la política exterior de la generalidad de los pueblos latinoamericanos. Con tino ejemplar, sin embargo, en estas páginas se verifica ese estudio.

Una de las primeras y más provechosas enseñanzas que el profesor Magariños de Mello pone a disposición del lector es la referente, en efecto, a la extraña imparcialidad con la que, casi siempre, se procede a la valoración de cuanto sucede en el ámbito latinoamericano. Existe, evidentemente, una especie de insalvable prejuicio hacia todo lo que acontece allende las fronteras europeas. Consecuentemente, como recientemente puntualizaba Gutiérrez Girardot, cuando se compara Europa con Hispanoamérica, el marco en el que suele hacerse esa comparación y el canon con el que se miden los términos es el de la *antítesis* desarrollo-subdesarrollo. Elaborada por los europeos y los norteamericanos, la teoría del desarrollo, en sus más contradictorias versiones, es simplemente la expresión de una sociedad que, sin tener en cuenta las dependencias impuestas por ella y de las que ella vive, considera la etapa a la que ha llegado como el arquetipo de una sociedad plenamente perfecta, fuera de la cual y más allá de la cual sólo hay la «infernala» imperfección de todos los socialismos o el menesteroso y lamentable estado del subdesarrollo. De esta vanidosa autojustificación—que con modelos matemáticos y teorías aparentemente racionales oculta el hecho de que los fundamentos de esa perfección son tan frágiles como sangrienta es la internal explotación en que se sustenta—resultan los criterios con los que se compara: en Europa y en la América inglesa, riqueza, estabilidad política, progreso industrial, *confort*, racionalidad extrema en las relaciones sociales; en la América española, todo lo contrario, es decir, pobreza, inestabilidad política, balanza de pagos crónicamente deficitaria, irracionalidad en las relaciones sociales, incomodidad, etc. A la vista de las realidades la antítesis es plausible, sobre todo porque *la idea del desarrollo se basa en una simple necesidad del ser humano en sociedad*. Con todo, han bastado solamente treinta años de desarrollo para que se ponga de relieve los límites y la fragilidad en que se vive. Es decir, han bastado sólo tres decenios para poner en tela de juicio una forma de vida que ha venido formándose en siglos y que en su prehistoria nunca tuvo las características que ahora se consideran como immanentes a ella. *La historia política de Europa en esos decenios ha enseñado que la estabilidad política no sólo no es una constante del progreso sino una honda fuente de conflictos esencialmente antiprogresistas*, como se ve claramente en la Alemania de Adenauer, que al cabo no ha sido otra cosa que el ingenuo intento de detener la historia, de negarla: la pasada—llena de genocidios—y la presente. Hablar de estabilidad política en Italia, en Inglaterra, en Francia es tan inocente como creer que las cosas no suceden cuando no se las ve, o no se las quiere ver.

Se corre el peligro de no entender absolutamente nada de cuanto el profesor Magariños de Mello puntualiza en su monografía si, como anteriormente queda advertido, se sigue pensando que América Latina no es otra cosa que la cuna del subdesarrollo. Lo primero, pues, que es preciso admitir es el hecho palpable del despertar económico del inquieto Continente. No es aconsejable el perder de vista que, tal y como con certera palabra ha expresado el inteligente economista latinoamericano doctor De la Peña, en la década de los años veinte, pese al auge creado por la fastuosa expansión de la economía norteamericana, las transformaciones internas de los países atrasados empezamos a tomar la forma de eventuales enfrentamientos de la incipiente burguesía nacional con los grupos exportadores, importadores y otros estratos asociados a los intereses externos. En esos años se plantearon dichos conflictos en forma de intentos por crear una economía autónoma que favoreciera a los intereses de la burguesía nacional, a diferencia de la operación abierta de la economía que hasta entonces se practicaba, para principal beneficio de comerciantes y exportadores. Es natural que las aspiraciones de los estratos sociales que se encontraban impedidos para convertirse también en ricos exportadores o comerciantes tomaran caminos antagónicos a los que determinaba ese estado de las cosas, lo que los llevaba inevitablemente a enfrentarse con las poderosas influencias externas.

Las expresiones políticas de estas aspiraciones contenían la proposición de usar instrumentos defensivos en contra de las tendencias externas, con el fin de implementar el proyecto de economía nacional. Los balbuceos de un nacionalismo económico surgieron como producto de este conflicto, el cual era exacerbado por las crisis recurrentes del exterior, en vista de que los países como conjunto, y los diversos estratos de la sociedad en particular, no disponían en esa etapa de caminos alternos para evitar sus efectos y ni siquiera para aliviarlos. Esta incapacidad para defenderse de las variaciones externas que auspiciaba el surgimiento del nacionalismo, era producto de la adaptación que habían seguido los países con el fin de aprovechar más efectivamente los beneficios de los períodos de auge. Los vaivenes del bienestar y del quehacer económico de las sociedades atrasadas eran más marcados en la medida que estaban más adaptadas al funcionamiento exterior, lo que también determinaba la intensidad de impulsos que provocaban el nacionalismo, creando de hecho una relación inversa entre el auge de las exportaciones y esta aspiración nacional.

Está perfectamente claro, nos parece, que América Latina, en gran parte, fue ayudada a caer conscientemente en el subdesarrollo. No olvidemos, aunque se habla bastante poco sobre este tema, que la Segunda Guerra Mundial tuvo para América Latina mayor trascendencia de la que a primera vista puede deducirse. Ciertamente, las relaciones de Latinoamérica con el exterior mejoraron con el inicio de la contienda anteriormente señalada, debido al explosivo crecimiento de las necesidades de materias primas estratégicas que requería el esfuerzo bélico norteamericano. De hecho, apenas entonces la economía mundial logró superar la crisis iniciada hacía más de una década.

La expansión de la producción, nos indica el doctor De la Peña, inducida por el aumento acelerado del gasto público, creó un auge extraordinario en los Estados Unidos y, por lo mismo, un rápido crecimiento de las economías de exportación de América Latina. Sin embargo, debido a la situación internacional del momento, fue imposible utilizar

las grandes ganancias de divisas en la compra de importaciones por parte de los países periféricos, ya que el único mercado accesible—el norteamericano—utilizaba toda su oferta en la práctica bélica. Esta circunstancia creó un ambiente favorable en las naciones latinoamericanas para continuar el proceso de sustitución de importaciones iniciado en los años de crisis. De esta forma, para algunos países de la región fue posible mantener las condiciones de expansión interna a base del mismo proceso anterior de industrialización, pero ahora habría de efectuarse dentro de condiciones de auge de las exportaciones y sin peligro de competencia externa.

Al término de la guerra las naciones de la región sufrieron fuertes presiones sobre sus balanzas de pago debido a que se contrajeron súbitamente las exportaciones de materias primas estratégicas y, al mismo tiempo, se inundaron los mercados nacionales con abundantes importaciones, las que fluyeron una vez que fueron eliminadas las restricciones que las habían contenido durante el período bélico. *La apertura de los mercados de bienes importados tuvo como consecuencia, además de intensificar las presiones sobre la balanza externa una vez agotadas las divisas acumuladas durante la guerra, la súbita presencia de la competencia mundial en materias de manufacturas y, en algunos casos, de alimentos agrícolas.*

En la mayoría de las líneas de producción industrial emprendidas por los países latinoamericanos, la pauta de sustitución de importaciones implicaba asumir costos muy elevados y, por lo mismo, altos precios de los productos, por lo que al término de la guerra debían haber sido protegidas esas actividades de la competencia del exterior. Además de la erección de barreras arancelarias, era necesario otorgar subsidios y otras ayudas de carácter financiero, fiscal, monetario y técnico, todo ello dentro de una intención general de fomento y de desarrollo de las actividades internas.

Sólo unos cuantos países latinoamericanos estaban en necesidad y en posibilidad de implantar dicha política, a veces venciendo la explicable resistencia ejercida por los exportadores que estaban obligados a competir en los mercados mundiales, para lo cual exigían la disponibilidad de bienes intermedios a bajo precio y la posibilidad de mantener los salarios en los niveles más reducidos posibles.

La solución proteccionista que se implantaba para beneficio de la burguesía nacional implicaba un elevado costo social que no todos los países estaban en posibilidades de enfrentar y casi ninguno en necesidad de hacerlo, en razón de la modesta evolución de los conflictos sociales que exigiesen como solución el aplicar este penoso procedimiento.

América Latina, en la actualidad, pasa por momentos de terrible desorientación en casi la generalidad de las áreas del vivir humano. Pero, para ser sinceros, es preciso el subrayar que los motivos de esa «desorientación» vienen de fuera. En América Latina, ha dicho un autor, la incapacidad para procurar una salida viable a las poderosas presiones externas e internas se tornó en algunos casos en violentas transformaciones políticas con una aspiración nacionalista—Panamá, Perú, Bolivia—; en otros se sublimó en conflictos internacionales en los que era notorio que su origen se encontraba en la insuficiencia y deformación de los sistemas económicos—conflictos entre Honduras y El Salvador—; en algunos más se iniciaron y se agudizaron procesos de disgregación interna con enfrentamientos abiertos entre núcleos disidentes de la pauta prevaleciente, y los respectivos gobiernos—Uruguay, Brasil Chile, Colombia, Venezuela, Guatemala,

Nicaragua—. En otros más los choques que se dieron en esas jornadas fueron mucho más espontáneos y delimitados—México, Argentina, Ecuador—, tal vez en razón de que el conflicto principal todavía provenía de expresiones de irritación de clases medias más que de acciones generalizadas de los sectores laborales. En todo caso se definen tres corrientes al principio de la década de los años setenta.

En primer lugar está *el intento, tal vez desesperado y anacrónico, de revivir un nacionalismo económico en algunos de los países latinoamericanos*. Esta opción, aparentemente impuesta a los estratos de clase media por el estrangulamiento del sistema económico, es una alternativa a la proposición radical de transformar totalmente el sistema. De aquí, tal vez, la explicación del resurgimiento electoral de algunos líderes del nacionalismo capitalista más tradicional que resaltaron en los años gloriosos de esa proposición, junto con otros que en su tiempo practicaron la mano dura—Rojas Pinilla en Colombia, Figueras en Costa Rica, Ibarra en Ecuador—, así como el inicio de esa novedosa alternativa que parecen constituir algunos militares nacionalistas—Perú, Bolivia.

Una segunda posición, tal vez más realista que la del nacionalismo capitalista, consiste en *la pasividad expectante de los estratos dirigentes, a la espera fervorosa de la renovación de los buenos años de relaciones con el exterior y del nuevo avance en el proceso de industrialización hacia estadios más complejos, y de la operación efectiva de los sistemas de bloques económicos regionales que vengan a aliviar el creciente conflicto actual, igual que ha sucedido en el pasado*. Lo cual equivale a esperar y contribuir a que se acelere el proceso de subdesarrollo.

La tercera corriente consiste en la que propone *la eliminación del estrangulamiento externo mediante una solución total del subdesarrollo, basado en modificaciones radicales a partir de la ruptura con el capitalismo*. A este respecto es importante acotar que el subdesarrollo no es un estadio temporal que se resuelve mediante el simple crecimiento económico. Son necesarias transformaciones profundas y la existencia de relaciones internas y externas diferentes a las que provocan el proceso del subdesarrollo.

Teniendo bien presente cuanto antecede y tratando de recapitular conceptos para evitar la dispersión doctrinal, podemos hacernos la siguiente pregunta: ¿Cuál es el más grave de los problemas que América Latina tiene planteados en nuestro tiempo? La respuesta, en cierto modo, se dispara pronta, a saber: *que las coordenadas de sus planes de desarrollo sean auténticas*. La palabra «desarrollo» se ha tornado radicalmente tópica, inexpresiva y vacía de contenido. Por eso mismo alguien que conoce a las mil maravillas los defectos y las virtudes del sufrido Continente—nos referimos a L. J. Le Bret—ha dicho: *hay que procurar un desarrollo auténtico y no un «seudodesarrollo»*. En efecto, cuando el crecimiento se reduce al aumento de la renta nacional por habitante, puede encubrir un enriquecimiento de los más ricos y un empobrecimiento y una regresión de los más pobres; entonces no hay razón para hablar de desarrollo. *No hay tal desarrollo sino cuando el crecimiento de nivel de vida y del valor humano llega a las capas masivas y deprimidas de la población*.

El desarrollo verdadero es un crecimiento generalizado de todo el ser humano: de cada uno de los hombres y de todo lo que hay en el hombre. Es un fenómeno de civilización, esto es, de crecimiento solidario y armonizado que hunde sus raíces en los apetitos disciplinarios y en las costumbres colectivas.

El problema que la Humanidad tiene que resolver es éste, exactamente: el de una ascensión colectiva que parta de lo que es, de momento, sin afán por quemar etapas ni ilusionarse por unos avances espectaculares. Se trata de ir respondiendo a las necesidades progresivas de cada uno de los hombres de cada pueblo, y lógicamente no puede haber respecto de ellas una norma universal que se adopte de acuerdo con unos criterios físicos, sino que hay que depender de las posibilidades de conservación y de elevación del valor humano. Es, sin duda, un problema universal, a escala mundial, pero que se descompone en tantas facetas cuantas son las aspiraciones concretas, particularizadas, de los hombres, y las condiciones naturales, variables, que se les brindan.

Existe en la actualidad el convencimiento pleno de que, quiérase o no, los pueblos por sí mismos difícilmente pueden fortalecer y garantizar sus estructuras económicas, y ciertamente ese convencimiento no ha sido fruto de la mente de los pueblos subdesarrollados, sino, por el contrario, creación oportuna de los tenidos por radicalmente estabilizados. Las uniones comerciales, con evidente sello europeo, constituyen hoy la suprema esperanza. De la historia de una de esas organizaciones, nada menos que de la *ALALC*, se nos habla en esta sugestiva monografía.

Para el profesor Magariños de Mello es imperiosa la necesidad de matizar el significado de la expresión «crisis» y sobre todo cuando dicha expresión se aplica a la institución citada: ¿La crisis de la *ALALC*? ¿De qué crisis estamos hablando? Crisis de la «mutación considerable que acaece en una enfermedad» y, por extensión de su sentido médico, «el momento decisivo de un negocio grave y de consecuencias importantes». Mutación, cambio brusco que se produce «ya sea para mejorarse, ya para agravarse el enfermo». Cuando la existencia de un organismo es una sucesión casi ininterrumpida, un rosario de «crisis», hablar de ella para calificar ese estado es un abuso del lenguaje o un error de enfoque y de definición. La *ALALC* vivió permanentemente en ese estado de sobresalto y de «mutación» inminente que los comentaristas gustan de llamar «crisis». Ese estado era más o menos *aparente*, más o menos *agudo*, más o menos *actual*, más o menos *virtual*, más o menos *ruidoso*, porque era referido a aspectos y problemas de diferente magnitud. Pero constante, omnipresente, endémico. Por lo tanto eso no es *crisis*. *No puede hablarse de la crisis de la ALALC. Porque de lo que la ALALC ha padecido y padece es precisamente lo contrario de una «crisis», es de una insuficiencia congénita de capacidad de decisión política integracionista, a la que se suma o quizá pueda decirse a la que agrava una decisión negativa, preexistente en unos casos, superveniente en otros, de algunas de sus partes constitutivas.*

¿Podría, pues, esperarse en un futuro no muy lejano la superación de ese innegable estrado de postración por el que pasa la *ALALC*...? Una crisis, considera el profesor Magariños de Mello, podría sobrevenir en la *ALALC*—aunque lo dudamos—haciendo que el enfermo mejore. Difícilmente el enfermo se muere en una «crisis». Lo más probable es que él viva largos años en sillón de ruedas, a base de tisanas y caldos bobos. Aunque no pueda descartarse radicalmente que muera dulcemente de inanición. Nada se opone a que a esta muerte se le llame, y seguramente la llamarán si ocurre, «la crisis final».

Esta confusión—que no es accidental—corona toda una serie de confusiones y de equívocos que parecen ser el acompañamiento inseparable de la *ALALC* desde su nacimiento. *¿Hubo alguna vez conciencia generalizada del profundo significado político que*

la empresa integracionista tenía o debía tener para alcanzar sus fines? ¿Nació esta empresa de un impulso irresistible de las élites o de las masas latinoamericanas, despiertas a la noción de su inexorable comunidad de destino? ¿Concitó siquiera la voluntad concordante y friamente reflexiva de las fuerzas vivas de las colectividades nacionales iberoamericanas? Evidentemente las respuestas son negativas.

Resulta fácil el hablar ahora de *estado de postración*, de *crisis*, de *agonía*, etc. Sin embargo, se pregunta y nos pregunta el prestigioso profesor uruguayo, *¿se meditó serenamente la conveniencia del advenimiento a la vida de esta organización?* Surgida a estímulo del trastorno universal de la Segunda Guerra Mundial y su secuela de transformaciones económicas, de la mano de la «guerra fría», la integración económica se planteó *ab initio* como una pulseada tenaz y sin descanso, entre el «pensar en grande», el gran ideal generoso que le sirve de fundamento real y so pena de no ser, y el tejido de intereses creados, de estrechez espiritual y de fuerzas retrógradas que es capaz de producir un continente condicionado por tres siglos y medio de historia para consolidar una economía dependiente y una evolución política subordinada y también, a no dudarlo, de dificultades reales considerables. *Nacida en el campo de los economistas, la idea fue tolerada a regañadientes por los políticos con escasísimas excepciones.*

Especial atención consagra el autor a determinar lo que podríamos considerar *la raíz más próxima del cataclismo más cercano de América Latina*, es decir, que el nacimiento de la ALALC no es el resultado final del capricho de nadie. En una época que puede ser fijada aproximadamente después de la Segunda Guerra Mundial—contienda que provocó una seria conmoción en las economías iberoamericanas—, hacia 1948, el sistema entró francamente en crisis. Las causas concretas de esta crisis son complejas, bien que sea necesario señalar esencialmente la naturaleza no viable del sistema mismo, que a la larga debía de conducirlo al fracaso. Esas causas son de cuatro órdenes: *económico, tecnológico, demográfico y sociológico*. Los pueblos latinoamericanos tuvieron que luchar, entre otros muchos, con estos cuatro fantasmas que, lo mismo que cuatro jinetes apocalípticos, quebraron la relativa paz y prosperidad del período de entre-guerras. Efectivamente, *durante un largo período los precios de las materias primas que América Ibérica exporta disminuyen progresivamente en los mercados mundiales, mientras que los de los productos manufacturados que importan aumentan*. Por otra parte, *la población de América Latina, relativamente estable de 1810 a 1918, sufre después una explosión demográfica formidable, con una tasa de crecimiento medio de 2,6 por 100 (la más alta del mundo), que en ciertas regiones alcanza hasta un 7 por 100*. Es preciso recordar igualmente que al mismo tiempo *se asiste a la proletarización suburbana de las masas rurales que abandonan la tierra y se agrupan en los suburbios de las grandes ciudades, en hacimientos que se llaman «favelas», «pueblos de ratas», «villas miserias», etc.*, y, por último, *el avance tecnológico desemboca en la fabricación de productos sintéticos y sucedáneos, causa en definitiva de una disminución importante y a veces origen de la desaparición total de la necesidad de ciertas materias primas...* América Latina vive, por lo tanto, en absoluta y total decadencia. La crisis, la agonía y la postración inclinan a buscar soluciones de urgencia, y, quiérase o no, la ALALC fue, acaso, una de las primeras soluciones. Piénsese, como acabamos de señalar, que *la ALALC, quiérase o no, fue un oportuno dique contra la miseria absoluta*, puesto que las consecuencias de las crisis señaladas son enormes y pueden ser resumidas, como perfectamente lo hace el profesor Magariños

de Mello, en una deterioración constante, progresiva y profunda de las economías iberoamericanas, con un empobrecimiento general y también progresivo, una descapitalización creciente y un desequilibrio de los índices fundamentales de crecimiento demográfico, de producción de alimentos y de empleos. Naturalmente, esas consecuencias no se limitan al terreno económico. Sus repercusiones sociales y políticas son inmensas, *transformando a Iberoamérica en una caldera en ebullición lista para explotar.*

América Latina, imperativamente, ha tenido que buscar —y sigue buscando— fórmulas de unión con otros pueblos, dado que, en rigor, salvo excepciones muy cualificadas, ningún pueblo latinoamericano puede por sí sólo conquistar la cima del pleno desarrollo. No nos sorprende, por lo tanto, que el autor de estas páginas considere el desarrollo —el pretendido desarrollo— latinoamericano como un sangrante mito: El famoso despegue hacia esa meta —desarrollo industrial (escribe el autor)—, convertida en uno de los mitos más activos —y en cierto modo más funestos— del siglo, supone un cúmulo de factores concurrentes difícilmente obtenibles: recursos financieros abundantes, tecnología y *know how* adecuados, mercado interno suficiente, planificación y administración inteligentes, sosiego político, acceso fácil a las materias primas industriales, etc. Sin entrar al complejo y delicado tema del drama que puede significar un «desarrollo» concebido como un simple crecimiento económico, un aumento liso y llano de los medios económicos y un olvido total del valor del ser humano. Uno de los más graves peligros que puede entrañar la configuración desarrollista de un país puede incidir en la deshumanización de sus fines.

Para sorpresa, sin embargo, de propios y extraños, *es menester subrayar que Europa ha sido tomada como modelo, en la cuestión que nos ocupa, por América Latina.* Europa ha sido la inspiradora del ambicioso proyecto —hoy realidad (no importa a nuestros propósitos que sea deficiente)— del *Mercado Común Latinoamericano*. Justamente, nos indica el profesor Magariños de Mello, el ejemplo del movimiento integracionista europeo, que comenzaba a tomar forma con la constitución de la Comunidad del Carbón y del Acero, ejerció sin duda gran influencia. Fue entonces, en efecto, que se comenzó a hablar de un «mercado común de la América Latina». El entusiasmo por tal idea hizo que Prebisch pusiera en guardia contra el peligro de adoptar precipitadamente «fórmulas peligrosas», propugnando «acuerdos más limitados», tales como «mercados comunes sectoriales» que tuvieran en cuenta «la necesidad de fórmulas nuevas que exige la integración latinoamericana». No obstante, el Comité de Comercio siguió adelante y creó un «grupo de expertos» encargado de preparar el proyecto de mercado común regional.

Estas discusiones y resoluciones suscitaron un gran interés en toda la región, pero fue sobre todo en el medio de los economistas que la idea echó raíces y eco entusiasta. Los medios de negocios, especialmente los industriales, permanecieron en actitud desconfiada e inquieta. Cada uno temía la competencia de los otros, aferrándose a sus pequeños mercados protegidos, a sus privilegios y a la facilidad de las barreras aduaneras que permitían trabajar sin preocuparse de costos ni de calidad ni de precios de venta. La mayoría prefería vender caro un número limitado de unidades al abrigo de la competencia exterior en vez de hacer el esfuerzo de aumentar la producción, disminuir los costos y vender más ganando menos en cada operación. Naturalmente, había excepciones, entre las que se puede mencionar como ejemplo alguna industria frigorífica y ciertos textiles.

RECENSIONES

En cuanto a los políticos, en la mayor parte de los casos siguieron sin entusiasmo, empujados por los economistas. Su falta de convicción los condujo a menudo a reaccionar demasiado vivamente a las presiones de los grupos económicos. Debe decirse en su descargo que esas vacilaciones se justificaban en la medida en que faltaban estudios y datos preliminares serios que permitieran medir el impacto económico-social efectivo de un mercado regional en las economías nacionales. Sin embargo, *el ejemplo europeo y la propia grandiosidad de la idea inclinaron a los espíritus más esclarecidos a adherirse al proyecto, con o sin reservas.*

Es preciso hacer notar también las serias dificultades que ha supuesto el largo y espinoso camino recorrido hasta el momento. A las dificultades naturales que la creación de cualquier organización socio-económica lleva implícitas hay que añadir, en relación con la ALALC, la terrible carga de politización que la puesta en órbita de esta institución ha supuesto. Efectivamente, ya lo subraya el profesor Megariños de Mello, a la apacible bondad de los primeros momentos le ha sucedido una honda grieta que ha quebrantado la armonía latinoamericana soñada. El año 1963 marca el final de la «luna de miel» de la ALALC. Las carencias, defectos o simples particularidades del Tratado —se refiere el autor, por supuesto, al Tratado de Montevideo, por el que se creó la *Asociación Latinoamericana de Libre Comercio*— empiezan a acentuarse y a aparecer como graves fallas, como la imagen fotográfica de la cubeta de revelación al contacto del ácido. Esto era previsible y muchos lo previeron, aunque quizá no para tan pronto. Los políticos y gobiernos, presionados por los grupos de intereses y faltos de verdadera convicción y de razones para tenerla, escatimaron su apoyo político temerosos de la opinión pública. Carentes del motor indispensable de una inspiración política integracionista definida y expresada en instrucciones amplias y constructivas de sentido comunitario, los representantes permanentes, en su mayoría figuras cada vez menos representativas e influyentes en sus países, temerosos de las repercusiones de cualquier gesto que pudiera parecer como de independencia o que llegara a herir los más menguados intereses del más insignificante grupo de presión, abandonaron toda veleidad comunitaria a la que *la composición y naturaleza del CEP no obliga* —aunque la permite y aún estimula— y pasaron a constituir resueltamente una asamblea de representantes de intereses contradictorios, con mandatos imperativos en la práctica, si no en la letra.

Cabe, pues, hacerse la siguiente pregunta: ¿Qué es la ALALC? *Desde el punto de vista jurídico* —al que en aras de la absoluta legalidad tenemos que hacer referencia—, así lo subraya el autor de esta monografía, *aparece como una organización regional de integración, que comporta funciones supranacionales y una capacidad jurídica que le permite alcanzar ciertos objetivos tanto en el cuadro del Derecho privado como en el del internacional público. Esos objetivos son por otra parte susceptibles de ser ampliados en virtud de su vocación de integración.* Si nos limitáramos a una definición económica diríamos que es un organismo en plena evolución, necesaria no solamente a la creación, sino también al establecimiento de una zona de libre comercio y de formas más avanzadas de integración. Podríamos decir, parafraseando a Ortega y Gasset, que, como el hombre, no tiene naturaleza, sino historia. La ALALC «se va creando» a medida que vive, se va construyendo y formando a sí misma según un proceso histórico que, como todos, tiene sus dificultades y vicisitudes. En efecto, la ALALC está en formación: a) No es una zona, pero debería ir en vías de serlo; b) no es todavía una unión aduanera, pero

puede llegar a serlo, y c) finalmente, debe llegar a ser un mercamano común, en el espíritu y la letra del Tratado de Montevideo.

Pero, ciertamente, si profundizamos en el espíritu de la letra de esta excelente monografía que tenemos a la vista, perfectamente podemos afirmar, y ahora enumeraremos las razones en las que apoyamos el posible dogmatismo de este juicio, que la *ALALC* es el eje central de la tarea integradora latinoamericana. He aquí, justamente, la exposición de las razones aducidas: La *primera* es que la integración económica iberoamericana es absolutamente necesaria, conveniente y deseable al destino de Iberoamérica, y, además, posible; la *segunda*, que si las motivaciones y métodos inmediatos del proceso de integración son económicos, se trata esencialmente de una empresa política en el más profundo sentido de la palabra. Es política en sus motivaciones, política en su realización y política en sus objetivos finales.

La verdad es, y en la vivencia actual de América Latina tenemos un perfecto y elocuente ejemplo, que ningún proceso de integración puede ni debe olvidar la perspectiva política y, todavía más, un plan de integración o un plan de desarrollo está obligado a tener muy presente algo más que el área geográfica en donde va a ser aplicado, o algo más que unas características puramente accidentales. Es preciso, quierase o no, contar con los valores espirituales auténticos del pueblo. He aquí una explicación urgente del por qué fracasan los procesos de desarrollo: *suelen olvidarse del hombre*.

Pero, en rigor, todavía tampoco hemos acabado con el examen de los elementos que pueden ser considerados sorprendidos, a saber: lo primero que de cara a un proceso de integración es preciso saber, aunque resulte paradójico, es el saber lo que realmente se quiere. Obvio es decir—puntualiza el profesor Magariños de Mello refiriéndose a ciertos aspectos de la creación de la *ALALC*—que el primer paso debe consistir en una cuidadosa y precisa fijación de metas y propósitos. Ellos deben estar encuadrados en un profundo realismo y no sobrepasar el límite de las posibilidades reales de las partes. En ese sentido, las críticas al Tratado de Montevideo no deben olvidar que éste representó lo posible en su momento.

A diferencia de otros muchos autores, autores que se han ocupado de analizar este mismo problema, el profesor Magariños de Mello se muestra totalmente inclinado a admitir los proyectos de integración. Es raro—escribe—que un hombre público, político o escritor, que se enfrenta a la necesidad de formular un juicio sobre la integración latinoamericana, se atreva a colocarse en una posición francamente negativa en principio. En esta materia el optimismo es de rigor en la prédica, aun cuando no lo sean los hechos. Cuando se le combate, por lo general se hace solapadamente. Se procura desviar el proceso, diluirlo, postergarlo. Esta actitud está ligada a la esencia del fenómeno, que es la política. La integración—mejor sería decir la reintegración—iberoamericana se convirtió en una idea-fuerza tan rápidamente porque se vincula a mitos poderosos: a la vieja raíz hispánica y latina, a las tradiciones culturales, a la solidaridad surgida, cultivada en las luchas heroicas de la Revolución de 1810 y consolidada en el culto a los héroes y a la independencia. Y con no menor fuerza se une al sentimiento confuso de reafirmación frente a la otra América, a la no ibérica, a la no católica, a la rica, a la fuerte...

Ya en las páginas finales de su monografía el autor se apresura a reflejar las nefastas consecuencias que se derivan, muy a menudo, de la alucinación que suscita el creci-

RECENSIONES

miento económico excesivo: *el deseo del mando político absoluto*. El profesor uruguayo no se cansa de repetir que, efectivamente, toda integración, y la ALALC es un instrumento al servicio de la integración latinoamericana, constituye una empresa de carácter esencialmente político, cuya finalidad última es alcanzar la constitución de un mercado común, como etapa previa para una unión aduanera y la eventual cristalización de una unión política. Imposible, en todo caso—y ésta bien puede ser la gran conclusión a la que se llega en estas páginas—, el tratar de ignorar la necesidad de la integración socio-política latinoamericana.

Si esa integración se consiguiese totalmente es bien seguro, lo ha dicho el doctor Ottocar Rosarios, que América Latina presentaría, en el campo de las relaciones internacionales, una imagen totalmente distinta de la que muestra en la actualidad. La unidad de América Latina significará también un aporte decisivo a la defensa y la integridad de sus países. La defensa ya no es problema de una sola nación. Así lo han reconocido las principales potencias, que desde la conclusión de la Segunda Guerra Mundial forjan renovadas y ampliadas alianzas, a fin de prevenir acontecimientos frente a los cuales sólo es eficaz la suma de las fuerzas individuales. Multitud de siglas (NATO, SEATO, etc.) dicen de esas alianzas. *América Latina unida habrá creado una de las más importantes organizaciones defensivas del mundo, sin necesidad de pactos de defensa que son mirados con desconfianza por sus pueblos, sin intervenciones internas de la OEA ni discutidas creaciones de una fuerza multinacional*. América Latina, unida, quinta superpotencia mundial, con los Estados Unidos, la Unión Soviética, Europa Unida y China Roja, podrá ser el aporte decisivo en las disputas mundiales...

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

M. GODELIER, J. MONOD, N. MOULoud: *Epistemología y marxismo*, Ediciones Martínez Roca, S. A., Barcelona, 1974, 210 pp.

Se trata de una selección de estudios, de índole muy variada, en torno a la epistemología de ciencias diversas: biología, matemáticas, filosofía, etc. El amplio sector del conocimiento que cubre esta obra—plena de evocadoras sugerencias—le proporciona, indiscutiblemente, un interés muy crecido y la hace especialmente apta para su divulgación entre una masa amplia de lectores sin que desmerezca su rigor, dada la talla intelectual de sus autores. En este sentido, es una obra de alcance y penetración extraordinarios, aunque se puede formular el reparo de que no obstante, en las reducidas proporciones de un volumen, sólo cabe insertar estudios que analicen aspectos fragmentarios—y el acierto ha consistido, precisamente, en seleccionar algunos puntos clave de esas ciencias—de las disciplinas cuyo debate epistemológico se trata de presentar. Es decir, que, en definitiva, se trata de una obra importante—especialmente por el enfoque, casi inédito en nuestro idioma, de la crítica científica—, pero que sólo aporta una visión fugaz de aspectos determinados, aunque sean culminantes, de un conjunto mucho más amplio.

RECENSIONES

En tal sentido, la obra, que ahora presenta la acreditada colección Novocurso, puede ser considerada como un avance o introducción—muy valioso, ciertamente—al tema que enuncia el volumen. La impresión, precedentemente expuesta, que obtenemos de la lectura de los diez estudios, desiguales en su densidad y extensión, contenidos en *Epistemología y marxismo* se confirma al considerar uno de los más sugestivos y diáfanos. Nos referimos al que ofrece Jacques Roger: «Las condiciones intelectuales de la aparición del transformismo.» En páginas magistrales, el autor efectúa un análisis del pensamiento mecanicista, señalando las causas que determinan su incapacidad para explicar los fenómenos vitales o la formación de los seres vivos. A pesar de esa incapacidad, que hoy resulta evidente, para los biólogos del siglo xvii renunciar al mecanicismo sería renunciar a las ideas claras. En un intento desesperado de salvarlo recurren a la peregrina doctrina de la preexistencia de los gérmenes. Con razón puede afirmar Roger que «la adhesión masiva y entusiasta de los más grandes biólogos de la época a una teoría tan extraordinaria sólo puede comprenderse como fenómeno revelador del espíritu de una época». Sólo a partir de 1745 se hizo evidente que la preexistencia de los gérmenes planteaba problemas irresolubles o llevaba a conclusiones absurdas. La conciencia de esta realidad provoca el retorno al materialismo epicúreo «nacido de los "libertinos eruditos" del siglo xvii, que había sobrevivido en los métodos filosóficos en el momento en que la mayoría de los sabios lo habían rechazado». Roger revisa el pensamiento de Buffon y Diderot—para el cual «el hombre no es más que un estadio provisional de una especie condenada a transformarse»—, y concluye que «condenado por Buffon a morir de frío como las otras especies vivas, el hombre se encuentra constantemente, para Diderot, en peligro de degeneración». Estos escauceos del pensamiento científico culminan con una noción general del transformismo, una nueva forma del creacionismo ideada por Leibniz, pero muy influenciada por el naturalismo epicúreo. De Leibniz, posteriormente, ha de subsistir lo esencial, la idea de un dinamismo orientado realizador de una historia. Roger termina su jugosa síntesis con estas densas palabras: «El peligro del materialismo clásico, según parece, es plantear las formas vivas en su realidad instantánea, como un hecho dado que únicamente se puede describir, analizar y clasificar. Trabajo enorme y necesario. Pero el transformismo, apoyándose en su masa de pruebas indiscutibles, nos recuerda que estas formas son el producto de una historia, que están en la historia y que la historia está en ellas, y que un estudio de la vida que la omita no puede pretender agotar lo real.» Así, en once páginas escasas, Roger ha sabido exponer el panorama del pensamiento biológico en una época concreta y decisiva, así como sus antecedentes inmediatos. En virtud de su capacidad de síntesis hemos logrado, de ese momento, una visión luminosa, pero el examen queda interrumpido y el lector no especializado queda ignorando el tratamiento posterior. Ciertamente que el tema ha sido complementado en el siguiente estudio—*Método o sistema en la obra de Cuvier*—, en el cual Gabriel Gohau realiza otro ensayo de epistemología biológica. Partiendo del método y sistema de Linné llega a la conclusión de que aquél contiene los gérmenes de las nociones fundamentales que enunciara Cuvier. Linné, al utilizar simultáneamente método y sistema, minimiza las divergencias que existen entre los dos, pero a medida que se progresa las tensiones se acentúan. Esto determina la intervención de Lamarck, que propone distinguir «análisis» y estudio del «orden natural». Gohau compara sagazmente los puntos de vista de Cuvier y de Lamarck, para llegar a la con-

RECENSIONES

clusión de que: «Por sus formas de pensamiento, Lamarck pertenece incontestablemente al espíritu del siglo XVIII; se apegaba a la tradición de la escala de los seres. A pesar de ello, las transformaciones profundas que aporta a su esquema constituyen elementos que se incorporarán de forma duradera al transformismo, incluso cuando ya habrá desaparecido la visión que le guiaba.»

Como hemos podido apreciar, los dos trabajos a los que nos hemos referido —seleccionados entre los diez del volumen— exponen, epistemológicamente, una etapa en la evolución del pensamiento en una determinada disciplina. Aun siendo notable su valor intrínseco, y siendo crucial la etapa referida, el tema queda incompleto sin otros estudios similares que desvelen las etapas sucesivas.

El volumen se inicia con una jugosa entrevista con Jacques Monod —*La ciencia, valor supremo del hombre*—, a la que siguen, además de los dos estudios ya mencionados: «el proyecto racional de las ciencias contemporáneas», «sobre los problemas de la causalidad física», «las idealizaciones matemáticas», «la laicalización de la palabra y la exigencia racional», «la ciencia del lenguaje y los problemas filosóficos del sentido», «marxismo, antropología y religión» y «empirismo y realismo de Marx a Piaget». Todos ellos son estudios publicados en los últimos años en la conocida revista *Raison Présente*, debidos a la pluma de autores muy diferentes, aunque la competencia y la solvencia de los mismos sea su denominador común.

En suma, se trata de una obra muy interesante, en la que, a través de la variedad de las disciplinas, se patentiza el valor del esfuerzo intelectual del hombre en la búsqueda de la verdad.

JULIO COLA ALBERICH

